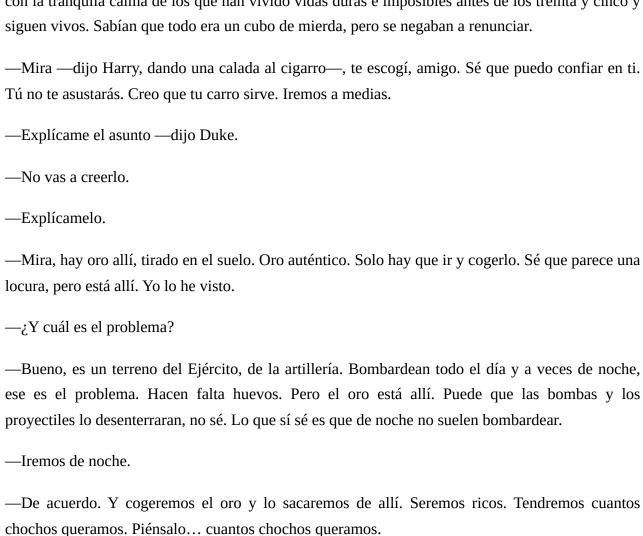
Harry y Duke. La botella en medio, un hotel barato del centro de Los Ángeles. Noche de sábado en una de las ciudades más crueles del mundo. La cara de Harry era completamente redonda y estúpida con solo una puntita de nariz saliendo y unos ojos odiosos; en realidad, Harry resultaba odioso en cuanto lo mirabas, así que no lo mirabas. Duke era un poco más joven, buen oyente, solo una levísima sonrisa cuando escuchaba. Le gustaba escuchar; la gente era su mayor espectáculo y no había que pagar entrada. Harry estaba desempleado y Duke era conserje. Los dos habían estado presos y volverían otra vez. Lo sabían. Daba igual.

De la botella faltaban dos tercios y había latas de cerveza vacías por el suelo. Liaban cigarrillos con la tranquila calma de los que han vivido vidas duras e imposibles antes de los treinta y cinco y

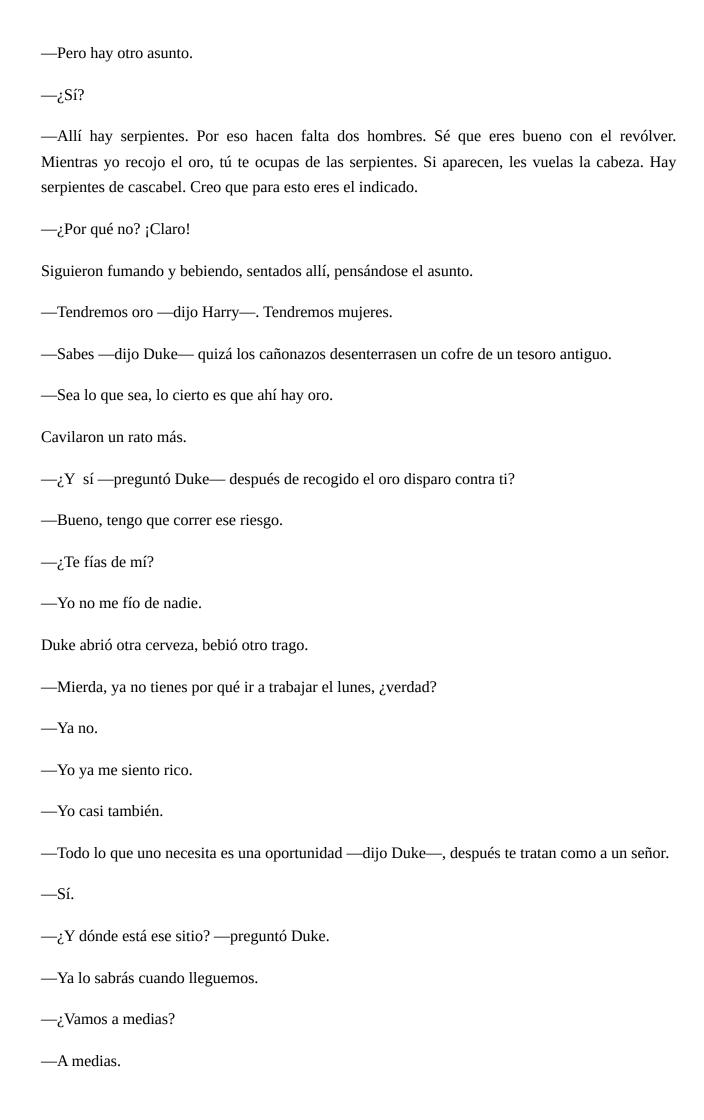


—Parece buena idea.

—Si tiran, nos metemos en el primer cráter de bomba. No van a apuntar allí otra vez. Si dan en el blanco, se dan por satisfechos; si no, no van a dirigir el tiro siguiente al mismo sitio.

—Sí, claro, natural.

Harry sirvió más whisky.

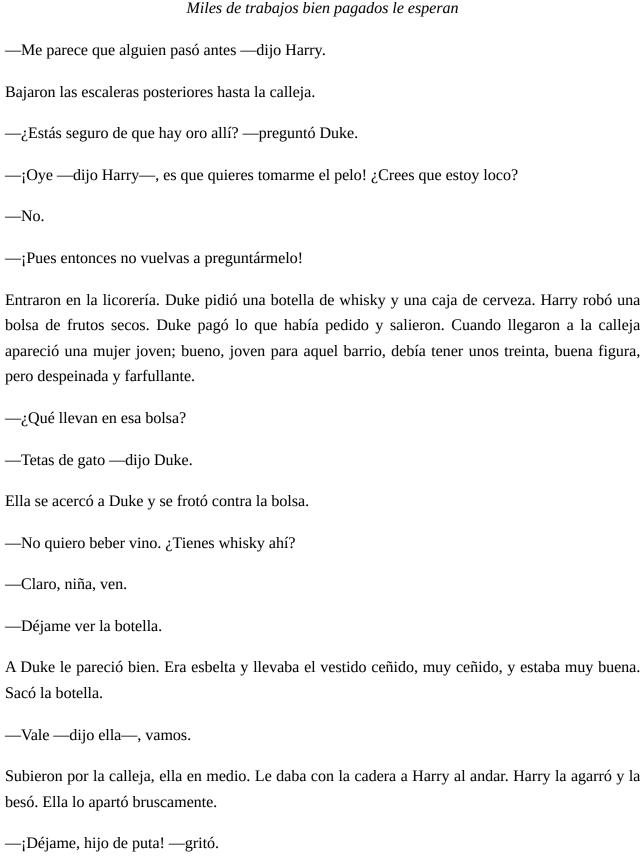


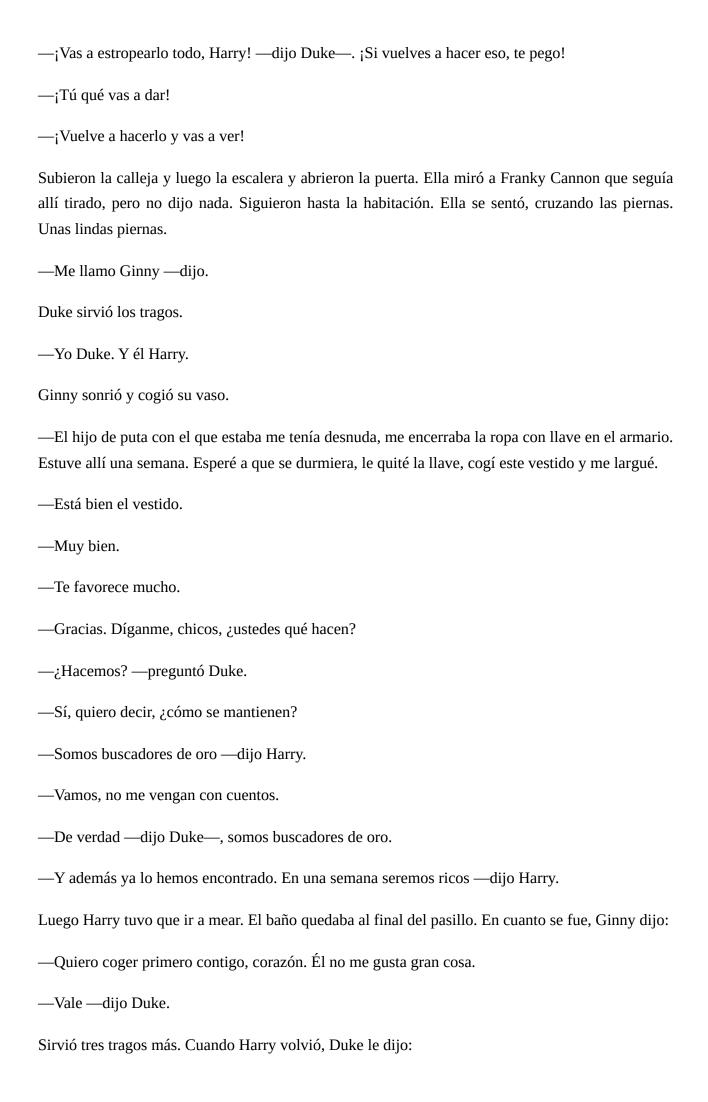
—¿No tienes miedo de que te liquide?
—¿Por qué vuelves con eso, Duke? Podría matarte yo a ti.
—Vaya, no se me ocurrió. ¿Serías capaz de matar a un camarada?
—¿Somos amigos?
—-Bueno, sí, yo diría que sí, Harry.
—Habrá oro y mujeres suficientes para los dos. Seremos ricos toda la vida. Se acabará la mierda de libertad vigilada. Se acabó el lavar platos. Las putas de Beverly Hills andarán detrás de nosotros. No tendremos más preocupaciones.
—¿Crees de veras que podremos sacarlo?
—Claro.
—¿De verdad hay oro allí?
—Hazme caso, te digo que sí.
—De acuerdo.
Bebieron y fumaron un rato más. Sin hablar. Pensaban los dos en el futuro. Era una noche calurosa. Algunos de los inquilinos tenían la puerta abierta. Casi todos tenían su botella de vino. Los hombres estaban sentados en camiseta, cómodos, pensativos, tristes. Algunos tenían incluso mujeres, no precisamente damas, pero sí capaces de aguantarles el vino.
—Será mejor que cojamos otra botella —dijo Duke— antes de que cierren.
—Yo no tengo un céntimo.
—Pago yo.
—Vale.
Se levantaron, salieron a la puerta. Giraron a la derecha al fondo del pasillo, camino a la parte de atrás. La licorería estaba al fondo de la calleja, a la izquierda. En lo alto de las escaleras posteriores había un tipo andrajoso tumbado a la entrada.
—Vaya, si es mi viejo camarada Franky Cannon. La ha cogido buena esta noche. Lo quitaré de la entrada.
Harry lo agarró por los pies y, a rastras, lo retiró de allí. Luego se inclinó sobre él.
—¿Crees que ya lo habrán registrado?

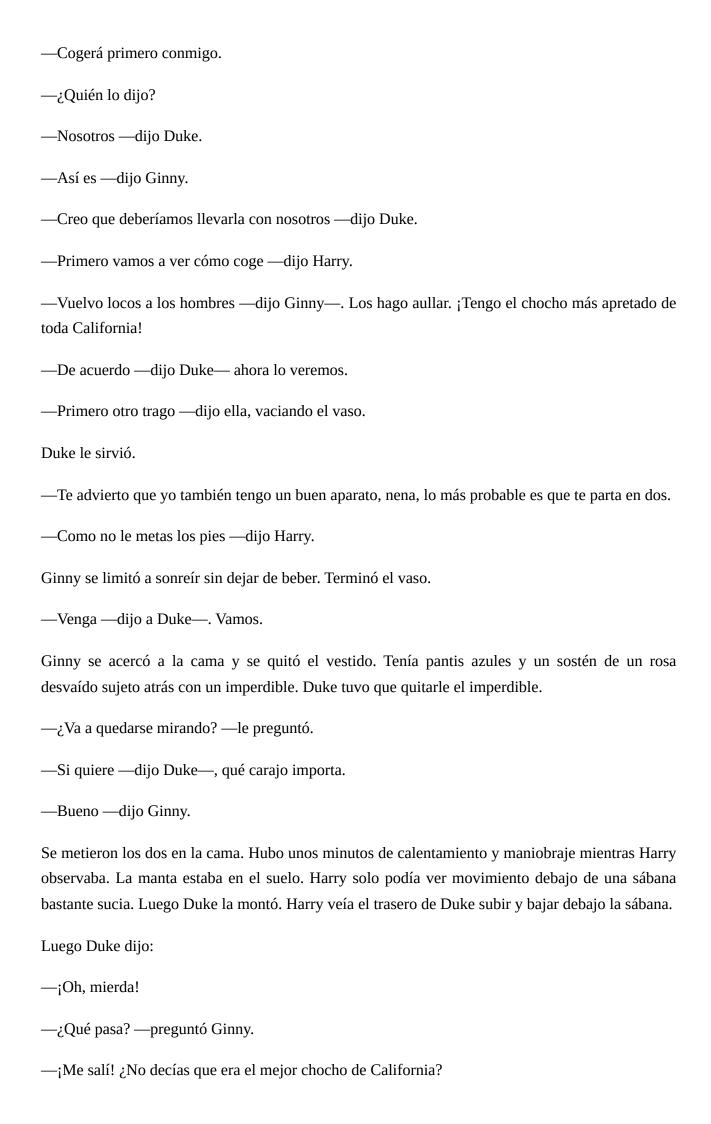
—No sé —dijo Duke—. Comprueba.

Duke dio vuelta a todos los bolsillos de Franky. Tanteó la camisa. Le abrió los pantalones, palpó por la cintura. Solo encontró una caja de fósforos que decía:

APRENDA A DIBUJAR EN CASA







—¡Yo la meteré! ¡Ni siquiera me di cuenta de que estabas dentro!
—¡Pues en algún sitio estaba! —dijo Duke.
Luego, el culo de Duke volvió a subir y bajar.
Nunca debí contarle a ese hijo de puta lo del oro, pensó Harry. Ahora está por medio esa zorra. Pueden aliarse contra mí. Claro que si él muriera, ella se quedaba conmigo, seguro.
Entonces Ginny lanzó un gemido y empezó a hablar:
—¡Oh, querido, querido! ¡Oh Dios, querido, oh Dios mío!
Puro cuento, pensó Harry.
Se levantó y se acercó a la ventana de atrás. La parte de atrás del hotel quedaba muy cerca del desvío de Vermont de la autopista de Hollywood. Miró los faros y las luces de los carros. Siempre le asombraba que unos tuvieran tanta prisa por ir en una dirección y otros por ir en otra. Alguien tenía que estar equivocado. O si no, no era todo más que un juego sucio.
Entonces oyó la voz de Ginny:
—¡Ay que me vengo ya! ¡Ay, Dios mío, que me vengo! ¡Ay, Dios mío…!
Cuento, pensó, y luego se volvió para mirarla. Duke estaba trabajando firmemente. Ginny tenía los ojos vidriosos, miraba fijamente al techo, tenía la vista clavada en una bombilla sin pantalla que colgaba de él; aquellos ojos vidriosos miraban fijamente por encima de la oreja izquierda de Duke
Quizá tenga que pegarle un tiro en ese campo de artillería, pensó Harry.
Sobre todo si ella tiene un chocho tan apretado.
Oro, todo ese oro.

FIN